

Es mi vida cual hoja del otoño
Que á la luna miramos en la rama
Un momento lucir, y que marchita
Perece por el cierzo arrebatada;
Pero el árbol lamenta su infortunio,
Suspira triste al recordarlo el aura,
Y nadie habrá que suspirando triste
Recuerde compasivo mis desgracias.

Es mi vida la huella que á su paso
Deja el ligero pié sobre la playa:
Tan pronto como sube la marea
La huella desaparece entre las aguas;
Pero el océano gime cuando borra
La huella que en la arena se estampaba,
Y nadie habrá que dolorido gima
Al contemplar mi tumba solitaria,

LA TARDE DE FEBRERO.

(Traducción de Longfellow.)

(Santacilia.)

*"The day is ending,
The night is descending."*

I

Ya va terminando el día,
Se acerca la noche oscura
Y está helado y no murmura
El arroyo de cristal:

Entre cenicientas nubes,
Con sus últimos reflejos,
Aun manda el sol desde léjos
Su tibia luz al lugar.

II

La nieve va sepultando
La cerca de la alquería,
Y ya la cerca no guía
En su camino al pastor;
Y allá cual vision siniestra
Se ve bajando del cerro
A paso lento un entierro
Que entristece el corazón.

III

Suena la humilde campana
Del rústico campanario,
Y su clamor funerario
Llena el alma de dolor;
Y en mi pecho cada golpe
De la campana de muerte
Halla un eco que convierte
En tumba mi corazón.

LA HIJA DEL CACIQUE.

(TRADUCCION DE GEORGE F. MORRIS).

(Santacilia.)

I

Queda despues del combate
Un solo guerrero vivo,
Y está el guerrero cautivo
Y pronto habrá de morir.
Ya la algazara se escucha
De la tribu enfurecida
Que pide á gritos la vida
Del prisionero infeliz.

II

Uno entre tantos salvajes
A los otros se adelanta,
Y ya la clava levanta
Sobre el vencido campeón,
Cuando su brazo detiene
La mano de una doncella,
Tan resuelta como bella,
Que dice:— "Padre, perdon.—"

III

Es la hija del cacique
Que allí manda cual monarca,
La perla de la comarca,
La adoracion del país.

"—Basta ya de sangre—dice
Con acento dolorido—
"Respetemos al vencido
Que no puede combatir.—"

IV

Es generoso el cacique
Porque es valiente guerrero,
Y manda que al prisionero
Le vuelvan su libertad.
Así en las horas de angustia,
El árbitro del destino
Coloca en nuestro camino
El ángel de la piedad.

EL CUERVO.

A MI AMIGO PEDRO SANTACILIA.

(Mariscal.)

Reina la media noche: calma fúnebre
Se tiende en pos del recio temporal:
Cansado al fin de recorrer volúmenes
De mi estancia en la triste soledad,
Al sueño me rendia, cuando súbito
Un sonido me viene á despertar.
"Alguien está llamando en el vestíbulo:
¡Importuna visita!" exclamo. "¡Bah!
Será un nécio que venga con farándulas,
Un nécio y nada más!"

Pasado ya el turbion, en ayes lúgubres
De léjos se oye al viento suspirar :
Sobre el tapiz imágenes fantásticas
Arroja la luz trémula del gas :
Vanamente en los libros un narcótico
A mi acerbo dolor pensé encontrar,
Que hasta mi sueño acibará la pérdida
De esa adorada, angélica beldad,
Que al cielo para siempre huyó, dejándome
Tormento y nada más.

Meditando seguí: el rumor del céfiro
Las cortinas de seda al agitar
Me hacia estremecer, y un terror pánico
Me tenia clavado en mi sitial,
Repitiendo con aire incierto, estúpido,
Sin dominar por ello mi ansiedad,
Sin dar yo mismo á mis palabras crédito :
"Es álguien que me viene á visitar
Y tocó suavemente en el vestíbulo :
Eso es, eso es no más."

De repente sentí llenarme de ánimo,
Y esforzando el acento más y más,
"Caballero ó señora," grité impávido,
"Allá voy: usted ha de dispensar :
Es el caso que estaba ya durmiéndome
Cuando de su venida la señal
Confusa y débil resonó en mi tímpano :
Fué tan suave que vd. comprenderá...
Allá voy." Y la puerta abrí con ímpetu :
¡Tinieblas, nada más!

Largo tiempo miré el espacio lóbrego,
Receloso, temblando al comenzar,
Absorto al fin en sueño atrevidísimo,
Cual nunca lo soñara otro mortal.
Reinaba hondo silencio por los ámbitos
Del universo en calma sepulcral :
Solo mi voz lo interrumpió, ¡ Felicitas !
Gritando en la vacía inmensidad,
Do un eco flébil repitió ¡ Felicitas !
Un eco y nada más.

A mi estancia volví cual ciego autómeta,
Con solo un movimiento maquinal,
Y al punto á sonar vuelve toque ríspido
Que su origen trazó con claridad.
"Vaya, vaya," exclamé, "no en el vestíbulo ;
Por la ventana alguno quiere entrar.
Veamos, que no tocan los espíritus
De ese modo : el misterio penetrar
Es preciso ; de espantos ya dejémonos ;
Será el viento no más."

En esto á la ventana llego rápido,
Y de golpe la abrí de par en par.
A poco revolando entró en mi cámara
Negro cuervo de aspecto funeral,
Y sin más ceremonia ni preámbulo
Que un vuelo silencioso, circular,
Sobre un busto de Pálas, grave, tétrico,
Paróse en filosófico ademan :
Posado allí quedó con aire estólido,
Posado y nada más.

Tan sério continente en aquel pájaro
 Parecióme fingida gravedad,
 Y su actitud á risa provocándome,
 Así con desenfado empecé á hablar:
 "Por tu calva y tu gusto mitológico
 Te reconozco al fin, ave infernal:
 Cuervo más viejo que Saturno, prófugo
 Del reino de la noche, dime ya
 Cuál es tu nombre en la region Plutónica?"
 Y él respondió "Jamás."

A tan clara respuesta quedé atónito
 De un cuervo no pudiéndola esperar,
 Si bien al pronto parecióme bárbara,
 Sin sentido ó sin mucha urbanidad;
 Pues en verdad no pudo figurárseme
 Que un adverbio de tiempo y nada más
 Bastara á contestarme, ó que el ridículo
 Avechucho que hiciera pedestal
 Del sacro busto de una diosa olímpica,
 Se nombrara *Jamás*.

En tanto el cuervo, taciturno, tétrico,
 Quedó sin otro acento articular,
 Cual si el que lo animaba negro espíritu
 En un vocablo comprendiera ya.
 Ni un movimiento en su plumaje de ébano,
 Ni un rumor descubría al animal;
 Hasta que dije con acento lánguido:
 "Lo haré mi amigo y pronto volará;
 Me dejará cual me dejaron pérfidos."
 El prorumpió: "Jamás."

Asustado al oír tan pronta réplica,
 Que ya no pareció casualidad,
 "Tal vez (dije) la ciencia de este pájaro
 Tiene esa voz por único caudal,
 Y la aprendió de un loco ó de una víctima
 Del infortunio.... Misero! trovar
 Quizá no pudo su cancion monótona
 Sin esa muletilla, y por final
 De cada estrofa recalcó fátidico
 Ese *jamás, jamás*."

Así pensé, y el misterioso cárabo
 Volvió mi fantasía á recrear,
 Y á contemplar me puse busto y pájaro,
 Tendido muellemente en un divan,
 Imaginando en posición tan cómoda
 Cuanto pudo la mente cavilar,
 Sin penetrar en el sentido místico
 (Ni siquiera entendí el gramatical)
 Que daba á su graznido el ave exótica
 Al repetir *jamás*.

En medio aquel delirio ni una sílaba
 Dejaba yo á mis labios escapar;
 Miraba al cuervo y su mirar flamígero
 Convertía mi mente en un volcan.
 Débil, exhausto, mi cabeza lánguida
 Reclinaba en la pluma del sofá,
 Y á su contacto mi cerebro mórbido
 Evocaba una imágen celestial.—
 En vano; ya el divan su forma angélica
 No ha de oprimir jamás.

Mas al punto un aroma preciosísimo
De incienso, comencóme á circundar,
Y el eco me arrulló de blanda música
Que ahuyentaba del seno todo afán.
"Desdichado," clamé, "el Señor benéfico
Te envía con sus ángeles la paz:
Apura, apura el delicioso bálsamo,
Y cese tan continuo lamentar;
Olvida para siempre á tu Felicitas...."
Gritó el cuervo: "Jamás."

"Profeta de dolor, inmundo oráculo,
Ministro aterrador de Satanás,
Ora te envíe Belcebú del Tártaro
Y te arrojara aquí la tempestad
Para engañarme con falaz pronóstico,
O el destino infalible revelar,
"Dime," exclamé, "por compasion á un mísero
Responde: ¿tendrá término mi mal?
Yo te conjuro por tu dios: respóndeme,"
Y él contestó "Jamás."

"Profeta de dolor, inmundo oráculo,
Ministro aterrador de Satanás,
Por ese cielo de esplendor magnífico,
Por su Dios que obedecen tierra y mar,
Dime si de la tumba tras el límite,
En la region de inmensa claridad,
Podré ver algun dia á mi Felicitas
Y absorto en su belleza virginal,
A par de los querubes darle un ósculo."
El respondió: "Jamás."

"Esta sea," grité, "la prenda única
De nuestra despedida, ave infernal:
Húndete pronto en el profundo báratro,
Tumbos dando al furor del huracán.
No dejes ni una pluma que en mi cámara
Me recuerde tu horóscopo fatal.
Vuela ya de ese busto y del vestíbulo;
Suelta, suelta; tu garra pertinaz
Mi alma rompe: retírate, retírate...."
Y él contestó: "Jamás."

Y desde aquella noche el cuervo lóbrego
Posado allí, clavado siempre está
Sobre ese busto de la diosa pálido,
Que le sirve de eterno pedestal.
Fiero demonio vigilando al réprobo,
No aparta de mí un punto su mirar,
Larga sombra arrojando, negra, fúnebre,
Do muere el sol y el luminoso gas....
Ay! de esta sombra que enlutó mi espíritu
¿No he de salir?—¡Jamás!

IGNACIO MARISCAL.

Washington, Marzo 30 de 1867.